

el procedimiento inverso. En dicha familia el vocalismo que debiera aparecer sobre el consonantismo con la preponderancia proporcional á la antigüedad indisputable de aquellas lenguas, se nos ofrece, por el contrario, totalmente dominado por los elementos consonantes, hasta el punto de que su forma de raíces haya venido á ser representada por éstas exclusivamente, reduciéndose el uso de las vocales al oficio y significación gramatical, como decimos en el lugar correspondiente. Si por otra parte nos fijamos en el carácter fonético y morfológico de la familia semítica, hállase en este grupo una regularidad sorprendente, inconcebible de todo punto dentro del darwinismo y sus derivaciones, que suponen en los idiomas más antiguos la inferioridad más acentuada. Las lenguas camítico-semíticas distan tanto de estar destituidas de sistema ó de mostrarse deficientes comparadas con otras menos antiguas, que pueden servir de modelo á las más acabadas indo-europeas; 3.º, que la armonía fonética estudiada en las lenguas de los salvajes, es perfectamente opuesta al desorden de los gritos naturales instintivos. Los idiomas *bantú* y las lenguas *nama* entre otras, son verdaderos ejemplares de perfección harmónica, con variedad de sonos extraños muchos de ellos á las lenguas de nuestra familia y sumamente difíciles de proferir, que suponen la mayor delicadeza y gusto en los que las usan: 4.º, que mientras existen idiomas con una morfolología rudimentaria con civilización y cultura completa, se dan ejemplares de lenguas morfológicamente desarrolladas que no responden á una civilización conocida. Esto se ve en el tipo de las lenguas aglutinantes, al cual corresponde la mayor parte de las lenguas del mundo, y que comprende las de los pueblos más incultos del Orbe.

Es decir, que las lenguas que tenemos derecho á suponer más antiguas, las camítico-semíticas, no ofrecen fundamento alguno á la teoría transformista, antes la contradicen abiertamente. Los pueblos que aparecen *de hecho* más incultos, ofrecen ejemplos los más opuestos á la tesis mencionada.

La doctrina, pues, atrás por nosotros sentada sobre el origen de la palabra en dirección paralela á la doctrina de la creación y de la aparición del hombre sobre la tierra, es la única aceptable, y que la contradicción mutua é intrínsecas de-

ficiencias de las teorías enumeradas vienen cada vez más á confirmar.

Sobre el lenguaje primitivo y por lo que se refiere á las enseñanzas ortodoxas, conviene hagamos ahora algunas aclaraciones:

1.º Como no existe, según hemos visto, certeza absoluta sobre el origen primero del lenguaje, esto es, si es fruto de una revelación ó del natural desarrollo de la potencia psíquica y física del hombre creado, así tampoco puede darse acerca del idioma primero y de sus cualidades. Pero es indudable que si se trata de una lengua revelada, ésta, una vez dada al hombre, entró en las condiciones naturales de la naturaleza, sujeta por lo mismo á las alteraciones y transformaciones que hoy notamos en los idiomas. Por esto, aunque tuviésemos grandes probabilidades históricas para designar como primitivo un idioma, p. ej., el hebreo, jamás pudiéramos concluir que su forma bíblica es la forma primitiva, de igual suerte que no sería lógico concluir de las formas actuales de un idioma indo-europeo que ellas representan el tipo propio del tronco de donde proceden. Por otra parte, todos los antiguos dialectos semíticos pudieran reclamar la primacía de representación.

Si se trata de un lenguaje formado por el hombre naturalmente, siquiera sus fuerzas tuviesen origen divino, el idioma primitivo es igualmente indeterminable é incierto. El paralelo que la comparación y análisis de las lenguas nos permite formar lo mismo en el grupo ario que en el semítico, nos muestra siempre las primitivas raíces, ó que se consideran tales, oscilando entre formas múltiples y variantes que pudiéramos decir dialectales, las cuales suponen una inseguridad grande en el fonetismo, consiguiente á la falta de sistema gramatical, y ocasionan la incertidumbre más grande acerca del orden genético de dichas variantes, y de cuáles hayan de decirse formas originarias. Lo que en otro lugar hemos dicho sobre la reconstrucción de la lengua madre indo-europea que intentó hacer Schleicher, debe aplicarse á la investigación de la lengua primitiva. En uno y otro caso, más que el cuadro de un lenguaje, se presenta el esquema práctico de los procedimientos lingüísticos de cada cual, con fundamento

sujetivo é hipotético sobre las raíces y procedimiento histórico que excluye gratuitamente las primitivas variantes dialectales de las mismas, cuya posible existencia basta para quitar toda certeza en la materia (1).

2.º La tradición de que Dios dió al primer hombre la lengua hebrea, es de origen judaico, consignada en ambos Talmud babilónico y jerosolimitano, donde se enseña igualmente que antes de la confusión babélica, el hebreo era la única lengua hablada por todos (2). Por su parte los árabes que no sostienen que su idioma fuese el primitivo, afirman (como la secta *ortodoxa* ismaelita) que Dios enseñó al primer hombre todas las lenguas. La libertad que reina en este punto, ha dado lugar á las extravagantes aserciones de muchos que han querido convertir su propio idioma en lenguaje originario, de las cuales hemos indicado atrás las principales.

La tradición rabínica tuvo seguidores entre los cristianos, y algunos Padres de la Iglesia la han aceptado, señalándose en tal sentido el Crisóstomo (*Hom. in Gen. XXX*), San Jerónimo (*Comm. in Soph. 3*), y San Agustín, que la expresa en varios lugares (3).

(1) No hablamos ya de las raíces puramente analíticas, que son del todo ideales y atrás quedan combatidas: "stets nur ideale, dice Pott, dem Grammatiker zu seinem Geschäft nothwendige Abstractionem, ein Product oder, wohl richtiger gesprochen Educt grammatischer Kunst, einer, sozusagen, chemische Analyse seien." (*Etymol. Forschung, auf dem Gebiete d. i-g. Sprach., II. Thl.*) Referimos á la oscilación misma de las formas reales é históricas que encontramos en todo tiempo y en todas las lenguas comparadas con otras de su misma familia, hasta ofrecer las divergencias que vemos desarrollarse con el tiempo en el tipo glotológico ario.

(2) El caldeo y el siríaco han tenido sus partidarios para ser tomados respectivamente por lenguas primitivas, en frente al hebreo. No han faltado tampoco quienes por confusión de denominaciones, hablen indistintamente del caldeo por el hebreo. Entre ellos cuéntase á Filón, el cual en su *Vita Moysis*, l. I, dice que la versión de los Setenta fué hecha sobre el original caldeo. Tomasino atribuye esto mismo á Teodoreto, y le hace partidario del hebraísmo primitivo, á pesar de que distingue claramente entre el hebreo y caldeo, declarándose por la primacía del último.

(3) "Quae lingua, dice en uno de los distintos pasajes (*De Civ. Dei*, l. XXVI, 11) prius humano generi non immerito creditur fuisse communis, deinceps hebraea est nuncupata." En la misma obra en-

3.º Dicha doctrina, sin embargo no ha constituido opinión común entre los Padres y escritores eclesiásticos, dudando algunos de que el hebreo fuese lengua primitiva, y negándolo otros, como San Gregorio Niseno (*Contra Eunom. XII*), que lo tiene por lengua posterior á otras (1). Teodoreto (*In Genes., 61*), y en general la Iglesia siríaca que no se muestra favorable á aquella opinión. El mismo S. Efrem manifiesta que sólo algunos Padres se han decidido por la primacía del hebreo como lengua de Adán (2). La Ciencia del Lenguaje y el estudio atento de las formas alteradas en hebreo, de sus raíces compuestas y de desarrollo evidente sobre elementos más simples, con su conjunto sistemático gramatical, más primitivo en otros idiomas de la familia semítica, como en egipcio y copto, han hecho olvidar hoy la doctrina de la escuela judaica en este punto. A tres pueden reducirse los razonamientos fundamentales de los seguidores de dicha abandonada escuela (3).

seña que el hebreo se conservó en la familia de Heber cuando la confusión de lenguas. El pasaje aludido de San Jerónimo es también explícito: "Linguae hebraicae, dice, omnium linguarum esse matricem." Pueden verse, entre otros, en las *Dissertationes phil. theol.* de J. Buxtorf (*De ling. hebraeae origine et aut.*) la clase de argumentaciones usadas al intento. Muestra de ellas son los tan poco serios argumentos del citado *Digduq* de G. Blanco (t. III).

(1) "Moses, escribe contra Eunom., multis saeculis post turris aedificationem natus, una ex posterioribus lingua usus est.

(2) Entre los modernos sostenedores del hebraísmo primitivo, uno de los más autorizados, Kaulen, declárase tácitamente vencido en el terreno general de la Filología comparada, y replégase al *simbolismo fonético* de que hacemos mérito en otro lugar; recurso el más débil y deleznable, que desaparece al más somero análisis lingüístico, pero que prueba la inseguridad advertida en los demás argumentos por los que lo prefieren. "Es muss wohl, escribe Kaulen (*Sprachverwirr. Zu Babel*) in der hebräischen Sprache ein charakteristisches Merkmal sich finden, wodurch es der Ursprache sich mehr als die übrigen Sprachen nähert... Das nun, wodurch sich die semitischen Sprachen und insbesondere das Hebräische von allen anderen Sprachen unterscheiden, ist die symbolische Anwendung der Laute zur Bezeichnung der verschiedenen Beziehungen, unter denen ein Begriff erscheinen kann." Conceptos que repite en otros lugares del trabajo citado.

(3) He aquí, sin embargo, los aducidos recientemente en favor del hebraísmo original por un profesor orientalista, Champión, que

1.º La exactitud y propiedad de las denominaciones hebraicas; y puesto que el lenguaje primitivo hubo de ser el

reproduce Moigno de su libro intitulado *Los Salmos* (estudio preparatorio para su inteligencia), en los *Espl. de la Fe* (t. II), y que insertamos para hacer ver su flaqueza:

*Argumento bíblico.* "El lenguaje primero que es un hecho de creación divina, no ha sido aniquilado, ni la Biblia dice cosa alguna relativa al aniquilamiento de la lengua primitiva. En la confusión de Babel no pudieron ser castigados Noé, Sem, Heber, etc., que no se apartaron de la verdadera senda. Por lo mismo el hebreo se ha conservado en los descendientes de Heber, y á ello ha sido debido que Abraham pudiese entenderse sin intérprete entre las tribus semíticas y camíticas del Asia meridional y del Egipto."

Es esto un cúmulo de aserciones gratuitas imposibles de demostrar. Gratuito el afirmar que el lenguaje es un hecho de creación divina, que puede no serlo, según lo dicho; gratuito en suponer que dicho lenguaje no haya desaparecido, tan sólo porque la Biblia no diga lo contrario; y gratuito en suponer que ese lenguaje *creado y prodigiosamente conservado* (porque toda lengua tiende por su naturaleza á la transformación), fué el hebreo. Ni consta que la confusión de Babel fuese confusión de idiomas propiamente tal, según dijimos, ni que Noé, Sem, etc. hablasen hebreo; pero de todos modos la *confusión* en cuanto castigo de separación, era inevitable para todos, justos ó no justos, porque, aun conservada la lengua primitiva en una familia, ésta quedaba verdaderamente privada de comunicar con los demás que la habían perdido, y por lo mismo *castigada* cual si en realidad hubiese desaparecido para todos la anterior lengua común; en cuanto á las relaciones de los miembros de cada familia, no ha sido castigo para nadie, ya que por familias se hizo la dispersión, y por lo mismo sus individuos se entendían entre sí. Por donde se ve que no existe razón alguna, no sólo para decir que el hebreo era hablado en Babel, sino para eximir á ninguna familia de aquella confusión por razón de su religión.

Por lo que hace á Abraham, por lo mismo que ha recorrido regiones donde no se hablaba el hebreo sin que necesitase intérprete, se demostraría que su lengua no era la hebrea, de valer algo tal hecho en orden al efecto intentado. Precisamente en que Abraham era de la Caldea, y en la Caldea no se hablaba el hebreo (á eso obedece la diversidad de palabras usadas para designar un mismo objeto por Labán en caldeo y por Jacob en hebreo — Gen. XXXI. 41), se fundan los que niegan que el hebreo fuese lengua primitiva conservada en la familia de Heber, y sostienen que debió ser el caldeo hablado por Abraham y demás de dicha familia.

*Argumento tradicional.* "La convicción de que el hebreo es la lengua primera de la humanidad, es unánime entre los PP. de la Igle-

más conforme con la naturaleza de las cosas, reflejo de alguna manera de las cosas mismas, el hebreo debió ser la lengua

sia, que jamás expresaron la menor duda acerca de este punto. San Agustín la sostiene expresamente."

Hemos visto ya que ni todos los Padres están conformes, ni esa doctrina es originaria de ellos, sino de los judíos, ni aunque lo fuese, valdrían en esta materia más sus afirmaciones de lo que valen sus pruebas. Estas no se justifican en manera alguna ni ante la crítica, ni ante el estudio comparado de los idiomas.

*Argumento filológico.* "El descubrimiento del alfabeto natural ó fisiológico, y las leyes que presiden á los cambios de articulaciones de una misma radical, demuestran que la lengua hebrea es madre de todos los idiomas humanos."

Este razonamiento es de la índole del de los *etimologistas* anteriores á Hervás. En parte alguna aparece esa demostración fisiológica de sonidos y articulaciones como regla fija para conocer el lenguaje primitivo; pero si existiese, al hebreo no podría corresponderle el primer lugar por esos conceptos.

*Argumento histórico-filológico.* "La lengua de Moisés es substancialmente la de Abraham, que fué la de Phaleg, la de Noé y la de Adán. Los nombres propios de los hombres, de las cosas y de los lugares del mundo antediluviano pertenecen esencialmente á la lengua de Moisés; y siendo el hebreo el idioma de éste, siguese que dicho idioma es el antediluviano, conservado después de la confusión babilónica."

Este argumento es el ya contestado arriba. Los nombres propios del mundo antediluviano son desconocidos. A nosotros sólo han llegado la traducción hecha al hebreo para instrucción de los hebreos, mas no los nombres primitivos á que corresponde la versión. El mismo nombre de *Moisés* no es el primitivo, porque dicho nombre es hebraico "salvado de las aguas;" y el primitivo equivalente fué *egipcio*, porque en egipcio hablaba la hija de Faraón que se lo impuso. Lo que sucede con este nombre así traducido, debió acontecer con todos los primitivos.

Es de notar que los mismos argumentos etimológicos invocados para decir que el hebreo es primitivo, sirven á los que dicen ser el *caldeo* y el *siriaco*, pues en general las raíces hebraicas préstanse á ser utilizadas por unos y otros. Calmet (*Coment. in s. Script. I*) que como Lamy (*Comm. in Gen. I*) y demás comentaristas antiguos, invocan el argumento de los nombres de *Adán*, *Eva*, etc. para probar la primacía hebraica, reconoce que los partidarios del caldeo, pueden también invocar el mismo argumento, siquiera trate de justificar su preferencia hebraica.

Dicho se está que siendo imposible probar que aquellos nombres fuesen hebreos en su estado primitivo, lo es también demostrar que pertenezcan á cualquiera de las ramas semíticas.

primera.—En este raciocinio, aun concedida gratuitamente la exactitud significativa del hebreo (que no es privilegio singular en él), nada podría concluirse, toda vez que la perfección de las lenguas es siempre relativa en orden á significar los objetos, ya que es imposible exista un idioma que exprese de igual manera sus innumerables aspectos. Por eso entre los idiomas existentes se encuentran varios que representan gráficamente los objetos atendiendo á una de sus cualidades, con tanta propiedad como puede hacerlo el lenguaje más acabado en la expresión y designación de las cosas por otras propiedades diversas. Todo lenguaje es perfecto desde el momento en que es apto para expresar las ideas que formamos de las cosas (pues como queda dicho á las ideas se refieren las palabras primero que á los objetos); y ningún lenguaje existe por muy perfecto que se excogite, que no haya de referirse para las denominaciones á una cualidad saliente, pero determinada, en las cosas, á la cual subordina todas las demás. No es posible, pues, fijar un tipo para la perfección de una lengua originaria, ni menos hallarlo *a posteriori* entre las más antiguas. Tres idiomas en los cuales el nombre del *Sol* respondiese etimológicamente á la idea de *luz* en uno, á la de *fuego* en otro, á la de *principio vivificador* en el tercero, pudieran ser igualmente primitivos por la propiedad de dicho nombre.

2.º Las semejanzas y conexión de las raíces de los principales idiomas con las hebraicas, hacen que pueda presumirse no ser las demás lenguas otra cosa que derivaciones alteradas de ésta, ó por lo menos que sea el hebreo más antiguo que ellas.—Tal argumentación, muy en uso en tiempo de Leibnitz y aun poco antes de Hervás, ha caído en legítimo descrédito, desde que el sistema antiguo de *etimologías* fué desterrado de los estudios glotológicos. Pero si pudiesen ser invocadas tales analogías de raíces entre varios idiomas y el hebreo, no por eso se seguiría que éste fuese la lengua primitiva mejor que cualquier otra de las comparadas con él; de la simple semejanza externa de monosílabos ó bisílabos que se estimaban *raíces*, sin otro criterio fonético é histórico, era tan lógico partir de cualquier idioma ario para derivar de él el hebreo, como partir de éste para hacerle principio de los demás.

3.º Los nombres con que nos son conocidos las personas y

cosas desde el principio del mundo son hebreos, incluso los de Adán y Eva; por consiguiente la lengua hebraica es sin disputa la primitiva.—Para responder á esto, basta observar que todos los aludidos nombres los conocemos mediante el texto hebraico de los libros sagrados; y por lo mismo no se prueba con ello que primitivamente fuesen hebreos, sino que llegaron á nosotros *en hebreo*, lo cual es muy distinto. De que Adán, p. ej., signifique en hebreo «de tierra» y más verosímilmente «el formado, creado» (atendidas las equivalencias asirias de la raíz), se sigue tan sólo que el nombre de Adán en lengua primitiva indicase la misma idea; mas no que tuviese él dicho nombre, que puede muy bien ser traducción hebrea del original: así tenemos traducido en *Pedro* un nombre aramaico (*Kepha*) que no tiene otra semejanza con *Pedro* que la significación; lo mismo sucede con el nombre hebreo *Babel*, que los griegos dijeron *Súnjasis*, (συγγυσις,) y nosotros pudiéramos llamar «Confusión;» y á este tenor otros muchos (1). Es tan ilógico afirmar que el hebreo sea primitivo porque en hebreo aparece el nombre del primer hombre, como decir que el español fué la lengua de San Pedro, porque con este nombre castellano lo designamos en nuestro idioma.

La preponderancia adquirida por la tradición judaica del *hebraísmo primitivo*, contribuyó de una parte á confirmar la aseveración antigua de que el hebreo fué la lengua propia de Jesucristo y de sus discípulos, y por una especie de retorno y reversión, la idea de que el hebreo fué la lengua de Jesucristo, hizo á su vez que no pocos aceptasen como tesis estable la del hebraísmo primitivo. Dicho se está que tal género de relaciones lingüísticas entre Adán y J. C. son fruto de un pueril paralelismo, cuyo fundamento es tan sólo el arbitrio de los que lo inventaron. Pero si para algo pudiera servir tal

(1) Sobre la tendencia antigua á considerar el hebreo como lengua primera y origen de todas, pueden verse, entre otros, el *Graecismus facilitati suae restitutus methodo nova* de Opitio; el *Homerus hebraizon, sive comparatio Homeri cum Script. sacris*, de Bogan, y la *Gographia sacra* de Bochart. Antes de estos, la *Harmonie étymologique* de Guichard, y después de ellos, los *Eléments primitifs des langues par la comp. des racines de l'hébreu avec celles du grec et du français*, de N. Bergier.

aserción, sería justamente para demostrar lo contrario de lo que se intenta, por un sencillo razonamiento *ad hominem*: no es admisible, en efecto, que la lengua de Jesucristo fuese la lengua hebrea; luego el hebraísmo primitivo que en la lengua de J. C. pretende fundarse, no es tampoco admisible. Por esto mismo el privilegio de la conservación del hebreo en la familia de Sem á través de la confusión de Babel (gratuito recurso, pero obligado para hacer pasar la lengua primera al pueblo de Israel) no cabe en manera alguna; porque, aparte de lo que en su lugar decimos acerca de la confusión babilónica, no puede admitirse un premio para Sem, como ya escribía Huet en su *Demonstratio evangel.*, para sus descendientes y para otros no semitas que hablaron el hebreo ostentando el supuesto privilegio, cuando aparecen despojados de él Jesucristo y sus Apóstoles, á quienes debiera en todo caso alcanzar.

Por lo que hace á este punto del lenguaje de Jesucristo, es cosa que se ha discutido más de lo que en realidad se presta á discusiones y controversias. Relacionada dicha cuestión por toda la antigüedad con la de la lengua en que fué escrito el Evangelio de San Mateo, hubo de seguir análogas oscilaciones. Sostúvose desde luego de una manera general que en hebreo fué escrito dicho Evangelio, y en este sentido, tenemos múltiples declaraciones de SS. Padres y escritores eclesiásticos.

Su primer fundamento histórico es la noticia que nos dejó el antiguo escritor eclesiástico S. Papias, diciendo que San Mateo había escrito ἑβραϊστὶ διαλέκτῳ. Pero por cuanto las expresiones de *caldeo*, *siriaco* y *hebreo* se usaron por mucho tiempo como sinónimas, de ahí que el lenguaje *hebreo* atribuido á San Mateo fuese interpretado también como idioma siriaco, y caldaico, y consiguientemente se pensase ora que el hebreo, ora que el siriaco ó caldeo, fué la lengua propia de San Mateo y la hablada por J. C. Efecto de esta confusión *hebraico-aramaica* son las denominaciones corrientes en la antigüedad de *lengua hebrea* aplicada á todas las formas de arameísmo del tiempo de J. C., incluso al samaritano y rabínico, y la de *lengua caldea* aplicada al hebreo propiamente dicho (Filón dice

que en *caldeo* están escritos los libros sagrados de los judíos); y á eso obedece también que mientras Papias nos habla de un *lenguaje hebraico* de San Mateo, Eusebio diga expresamente en su *Demonst. evang.* que el *siriaco* fué el idioma de este apóstol: ἡ Σύρων φωνή; y en Julio Africano aparece aquel Evangelista como *siro* con su lengua *hebrea*: Σύρος ἀνὴρ, τὴν φωνὴν Ἑβραϊστος (Mai, *Nov. patr.*, IV). Esta vaguedad de ideas hace que en rigor no sea lógico afirmar fundándose en los testimonios de la antigüedad, que el hebreo propiamente tal, y no una de las formas del arameísmo subsiguiente, fuese la lengua de San Mateo y la que habló J. C.; pero el uso más frecuente en el cristianismo del calificativo *hebreo*, *lengua hebrea*, con motivo de los libros del A. T., hizo que unos considerasen la lengua de San Mateo como *hebreo* propiamente tal, mientras otros continuaban empleando aquel calificativo sin determinar su significación concreta. Así se originó la creencia de que el siriaco ó el hebreo había sido el idioma de Jesucristo, no faltando quienes, como San Epifanio, sostuviesen que la lengua del Redentor fué mixta de ambos, y que en la cruz habló en parte siriaco y en parte hebreo (1), si bien la antigüedad eclesiástica continuó en esto dando preferencia á la idea y al nombre de lengua hebrea. En el siglo XVI, las tendencias del humanismo y el mayor empuje de los estudios semíticos, á lo cual vino luego á añadirse la crítica protestante sobre los textos bíblicos, hicieron despertar con más viveza el problema del lenguaje de J. C. La corriente que entonces prevaleció entre los orientalistas fué la *siriaca*, debido al renacimiento de los estudios siriacos, de cuyos

(2) Aludiendo á esto mismo, escribe A. Meyer en su *Jesu Muttersprache*: "Nach Epiphanius wollte Christus mit dem Hebräischen sich zum A. T., mit dem Syrischen sich zu den Heiden bekennen (l. c.); cf. Chrysostomus hom. in Matth. 88 (Migne Patol. gr. T. 58, p. 776), Euthymius Zigabenus ad Matth. 27, 46 (Migne T. 129, p. 732), Theophyl. Bulg. ad Marc. 15, 34 (Migne T. 123, p. 669). Euthym. Zig. behauptet, dass Ἐλωτ Nominativ sei, Ἠλί Vokativ (l. c.); er fand nämlich, wie Graeca fragm. libr. nom. hebr. (Migne lat. T. 22, p. 1158 und 1187) zeigen, in seinem Glossar ganz richtig Ἐλωτ = θεός μου und an anderer Stelle ebenso richtig Ἠλεὶ ἡλεὶ λεμὰ σαβαχθανεί = θεέ μου, ἰνατί κτλ."

principales representantes hemos hablado en la primera parte de esta obra, al ocuparnos de la Glotología semítica. Teseo Ambrosio escribe por aquel tiempo, de conformidad con la corriente aludida su *Liber sacrosancti Evangelii-lingua syra Jesus Christo vernacula Divino ipsius ore consecrata et a Joanne Evangelista Hebraica dicta*; Jorje Amira publica en Roma su *Grammatica syriaca* significando que va á ocuparse del lenguaje propio de J. C.; el Boderiano reproduce esta misma opinión en su prefacio al t. V, de la Poliglota antwerpiana, y Belarmino en sus célebres *Controversias*, concluye igualmente que el siriaco fué hablado por el Salvador.

Entre los primeros en desviarse de la opinión mencionada, inclinándose al rabinismo (el del Targum de Onkelos), figura el luterano B. Mayer en su *Philologia sacra*, y con más decisión y criterio científico J. Scaligero, quien después de hacer distinción entre el siriaco y caldaico y clasificar el lenguaje targúmico, señala como hablado por los Apóstoles el dialecto galileo y alguna de las formas aramaicas afines, excluyendo el siriaco propiamente dicho: «qui Apostolos ea (lingua syriaca) usos dicunt, falluntur. Apostoli ad Judaeos verba cum faciunt judaico syriasmo, ad alias gentes alia dialecto utebantur.» De la misma manera Claudio Saumaise (*Funus ling. hellenistae*) desechando el hebraísmo, se decide por un arameísmo judaico que comprende bajo la denominación genérica de siriaco: «Syriaca lingua vulgo usitata erat Hierosolymis et in tota Judaea; Dominus ipse noster non alia usus est.» En la Poliglota waltoniana (Prolegon. XIII) deséchase también el hebraísmo y el siriatismo estricto, para aceptar como idioma de J. C. el que representa el dialecto de Onkelos, partiendo del supuesto de que las formas targúmicas son las del lenguaje jerosolimitano del tiempo de Jesús. Y á este tenor escribiéronse por la misma época varios trabajos encaminados á demostrar el carácter arameo del idioma del Redentor, designándose ora como *hebreo jerosolimitano*, ora como *siriaco palestinense*, etc. Entre ellos, recuerda A. Meyer (op. cit.), la monografía de A. Pfeiffer *De lingua galilaea per quam Petrus agnitus fuisse legitur*; las disertaciones de Reiskius (*Exercitatio philologica de lingua vernac. J. Ch.*), y de J. Klaeden (*de lingua Domini nostri J. Ch. vernacula Dissertatio*), y *De lingua Judaeorum hebraica temporibus Christi et Apostolorum*, de H. Zeibich.

Otros escritores é intérpretes más conocidos como Huet (*Demonstratio evang.*) Lamy (*Appart. chronolog.*, etc.) Maldonado (*Comment. in quat. Evang.*) y Calmet (*Comm. litt. Vet et Nov. T.*) prosiguieron la tradición del siriatismo más ó menos moderada en sentido aramaico; y el último comentarista citado, reproduciendo casi á la letra la opinión de Grocio, no duda afirmar exponiendo las últimas palabras del Redentor en la cruz, que «vernaculo regionis sermone pronuntiavit Jesus, neque mero scilicet hebraico neque syriaco, sed perperam mixto ex utroque.»

Más tarde, en 1772, apareció el trabajo de J. Bern. Rossi; *Dissertazione della lingua propria di Christo e degli Ebrei nazionali della Palestina da' tempi de' Maccabei*, la cual, con los demás estudios de crítica bíblica del mismo escritor, constituye labor seria y la más cumplida que entonces se efectuó acerca del habla judaica en tiempo de J. C., mostrando que la invasión del griego no había podido hacer desaparecer la preponderancia del hebreo aramaico de aquella época; y sus trabajos fueron los que hicieron arraigar más decisivamente la doctrina de un dialecto aramaico jerosolimitano, que luego encontramos generalmente defendido como lengua de Jesucristo, en frente de otras opiniones opuestas al semitismo que hubieron de aparecer en el campo de la discusión (1).

Dos fueron, en efecto, las corrientes antisemiticas iniciadas en la cuestión; una en favor del *latinismo* y otra en favor del *helenismo* de J. C. La primera, iniciada por Inchofer en la primera mitad del siglo XVII, y resucitada por Harduin en el XVIII, no ha tenido seguidores, como no podía tener fundamentos, ni merece nos detengamos á tratar de ella. La segunda fué sostenida con más empeño y también con mayor seriedad. Iniciada por J. Vosio (*De LXX interpret.*, y *De sybilinis oraculis*) contra Ricardo Simón, en el siglo XVII, quedó por

(1) Participan más ó menos de las ideas de Rossi, Eichhorn en su *Biblioteca*, Biagi en su *Lingua di Chr. e degli Apostoli* (en N. S. Bergier, *Elém. primit. des langues*), Hervás Panduro en su *Catálogo de las lenguas*, Wiseman en sus *Horae Syriacae*, J. Perrone en sus *Praelect. theol.* etc., etc.

entonces desautorizada por las *Castigationes* con que éste supo responder á los reparos de aquél. Un siglo después era nuevamente reproducida la teoría del helenismo por D. Diodati en su *De Christo graece loquente Exercitatio*, pretendiendo que el griego fué el lenguaje nativo de J. C., de los Apóstoles y de los judíos de su tiempo. El prof. Paulus modificaba un tanto á principios del siglo XIX la referida doctrina, sosteniendo que aunque el arameo fué el idioma propio de J. C., hallábase el griego tan extendido en Galilea que necesariamente hubieron de utilizarlo Cristo y sus discípulos para predicar su doctrina; «Jesu etiam et Apostolis non aramea dialecto sola, sed graeca quoque aramaizante locutis.» Aunque no por las mismas sendas llegó Hug (*Einleit. in die Spr. d. N. T.*, 1823) á idéntica bilingüe conclusión, la cual aceptaba K. A. Credner en 1836 (*Einleit. in das N. T.*), afirmando que la masa del pueblo á quien Jesús se dirigía, hablaba griego, y en griego era menester hablarle. Finalmente, así como no ha faltado quien como Franz Delitzsch (*The Hebrew N. T.*) hiciese resurgir de nuevo el *hebraísmo* antiguo, declarándose porque J. C. y los Apóstoles hablaron hebreo propiamente tal, también se ha querido retroceder á la idea del *helenismo* puro, y Alej. Roberts (*On the language employed by our Lord and his disciples*) —Discussions, etc.—1864), no vacila en asentar que J. C. usó habitualmente el idioma helénico, y sólo muy rara vez utilizó el aramaico.

Tal es el desarrollo histórico de la cuestión presentada sumariamente. Limitada la controversia al *semitismo* y al *helenismo*, hubo de prevalecer decididamente el primero sobre el segundo, no sólo por los múltiples datos de la tradición en su favor, sino también por los vestigios aramaicos indudables que se revelan en el Evangelio, y por los datos incontrovertibles de la permanencia en la Palestina, en tiempo de J. C., del tipo lingüístico semítico. Por otra parte los argumentos aducidos por los sostenedores del *helenismo* de J. C. y sus discípulos están lejos de ser concluyentes. Dicen, en efecto: 1.º, que el texto de S. Mateo (una de las bases del *semitismo* de J. C.) si no fuese originariamente griego se hubiera conservado en su propia lengua; 2.º, que de no haber sido escrito en griego, no se hallarian en él interpretaciones griegas de voces semi-

ticas conservadas allí; 3.º, que no se harían referencias á la versión griega de los *Setenta*; 4.º, que el griego era la lengua común y universal, entendida en la Palestina como en todas las regiones por donde luego se difundió el cristianismo. Tales son los principales reparos, prescindiendo de otros que no merecen ser tomados en consideración, hechos contra el *semitismo* del tiempo de J. C., á los cuales es fácil satisfacer. La no conservación del texto original ha tenido su razón de ser en el descrédito en que cayó pronto por obra de los judaizantes, especialmente de los *nazareos*, que lo adulteraron sirviéndose de él para mantener sus doctrinas, y en la consiguiente dificultad de discernir los fieles entre las copias legítimas y las corruptas, siendo por otra parte mucho más numerosos los que podían entender la versión griega que los que pudieran utilizar la aramaica. La interpretación griega de voces arameas fué labor, no del Evangelista, sino del traductor griego que así lo creyó conveniente, como se ve hicieron frecuentemente los traductores del A. T. al griego. Los lugares de S. Mateo referente al A. T. que se dicen tomados de la versión de los *Setenta*, aparte de que guardan también conformidad bastante con el texto hebreo para ser tomados de allí (y esto asegura S. Jerónimo), nada impide suponer que el traductor griego en vez de alegar dichos lugares según el texto hebreo á que hubo de atenerse S. Mateo, los haya reproducido según la mencionada versión de los *Setenta*. Finalmente, la afirmación de que el lenguaje de la Palestina fuese el griego en tiempo de J. C. es completamente insostenible y falsa. Ninguna presión extranjera ni invasión alguna ha conseguido arrancar de la Palestina el *semitismo*, y dada la índole de aquel pueblo y la de su lengua tan distanciada del griego, sería necesario hacer desaparecer aquella raza repoblando su suelo de griegos, para que el griego adquiriese allí carácter de idioma propio. Y fuera de esto ¿cómo y por qué los Evangelistas, de ser el griego lengua de Jesucristo, hubieran podido conservar palabras del mismo en lengua aramaica? ¿Por qué en la cruz, cuando ya el Redentor no habla más que con el Padre, se vale de esta lengua al exclamar *Ἐλωὶ, ἔλωὶ λευὰ σαβαχθανεί* en el colmo de la angustia, si tales palabras no responden á su propio idioma? ¿Por qué el tribuno pregunta á S. Pablo «si conoce el grie-